

El movimiento de mujeres en Canadá: una historia de dos culturas eurocéntricas y tres naciones

Thelma McCormack*

I

EL LARGO ALCANCE DEL TRATADO DE LIBRE COMERCIO DE AMÉRICA DEL NORTE

Cualquier persona que lea los diarios estadounidenses tendrá la impresión de que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) es un asunto entre México y Estados Unidos. Publicaciones periódicas académicas serias dan la misma impresión: que los acuerdos de libre comercio lo son sólo entre Washington y la ciudad de México; entre poderosas organizaciones agrícolas estadounidenses y los campesinos de Chiapas; entre el capital estadounidense que avanza y retrocede a través del Río Bravo y el trabajo infantil.

Otawa no aparece.¹ Uno no sabría que Canadá, con su población de casi treinta millones de habitantes, es el otro socio, un socio renuente por la vigorosa protesta de los electores que no querían el TLC, que ahora viven con sus consecuencias. Las desventajas —la pérdida de empleos (el Congreso Canadiense del Trabajo estima que 226 000 empleos se han perdido como resultado del libre comercio), la descalificación de los empleos, la carencia de la capacitación laboral, el debilitamiento de los sindicatos— se han sentido repentinamente, mientras sus ventajas (creación de empleos, recortes a los impuestos, nuevas inversiones, precios más bajos a los consumidores) siguen un sendero lento, de “cuenta gotas”. Los beneficios prometidos se han convertido, según nuestra creencia en un “culto al buque carguero”: cada mañana bajamos a la playa a esperar que llegue el barco y día con día no aparece. Mientras tanto, nuestros medios de comunicación canadienses, que viven en un espacio diferente y tienen poco interés en lo que irónicamente se le llama “las matemáticas del TLC” nos proveen con noticias sobre el tráfico de drogas, los fraudes electorales y la emigración ilegal de México.

* Instituto para la Investigación Social, directora del Programa de Estudios de la Mujer, York University y Presidenta de la Asociación Canadiense de Sociología y Antropología.

¹ Cuando en 1989 se estableció el TLC, para Canadá era sólo un acuerdo con Estados Unidos, más tarde México se integró.

El libre comercio significa una pérdida de barreras arancelarias y de los subsidios necesarios para proteger nuestra agricultura y pequeñas empresas, nuestros servicios básicos y los servicios sociales; debilita la soberanía de la nación al erosionar la habilidad del Estado para regular la economía en pro de los intereses de los ciudadanos.² Le da a Estados Unidos acceso a nuestros mercados y, curiosamente, ayuda a que otros interesados, como Japón, queden fuera. México, al que se le ha hecho creer que del TLC sólo se derivarán beneficios, está descubriendo que, puestos en la balanza, los beneficiarios del TLC están en cualquier otro lugar, más probablemente en Texas que en los estados más pobres de México, mientras que la crisis de la deuda aumenta, el peso permanece inestable, y las maquiladoras, que en su mayoría emplean a mujeres, han pasado a ser las nuevas fábricas explotadoras.³ Y, al igual que en otros sitios, el sector social se reduce drásticamente.⁴ Quienes apoyan al TLC argumentan que el Tratado ya ha beneficiado a México, el socio más pobre, pero la evidencia que presentan sólo son estadísticas comerciales, no indicadores sociales, como el número de niños que asisten a la escuela y su salud, la cantidad de calorías que consumen los más pobres —la tercera parte de la población—, los ahorros de los trabajadores agrícolas o el número de mujeres que tienen menos niños.

Ninguno de estos países más pequeños está en una buena posición para negociar sobre cuáles industrias o servicios financieros serán protegidos y cuáles no. La pregunta es, si de unirse todos podrían, en conjunto, presentar cierta resistencia, o si las mujeres en los tres países pueden combinar sus fuerzas donde el libre comercio se convierte en un obstáculo a sus necesidades y prioridades en cualquiera de los tres países. Quisiera sugerir, entonces, que pensáramos en términos de una organización trilateral de mujeres o feminista, basada en el principio de que lo que afecta a un grupo de mujeres, afecta a todas. De otro modo, las mujeres en Estados Unidos se beneficiarán a expensas de las mujeres canadienses y mexicanas.

¿Hasta qué punto Canadá es responsable de exprimir a países más pobres, y hasta qué punto es, también, exprimido? Al mirar el programa de ayuda de Canadá nuestra reputación —en el extranjero y también entre nosotros— de proveer asistencia humanitaria ha comenzado a debilitarse (con la excepción del Fondo Canadiense, que es manejado por la oficina del Embajador

² Bruce Campbell, "A Canadian Labour Perspective on the North America Free Trade Agreement", en Rafael Fernández de Castro, Mónica Vereá Campos y Sidney Weintraub, eds., *Sectoral Labor Effects of North American Free Trade/TLC: Los impactos laborales en sectores clave de las economías* (Austin: The University of Texas at Austin-CISAN-ITAM, 1993), 65-72.

³ Los cargos de que se acusa a las maquiladoras es que discriminan a las mujeres embarazadas.

⁴ John W. Warnock, "Marketing Mexico", *Canadian Forum* LXXI, no. 810 (junio de 1992): 10-13.

Canadiense), pues en años recientes Canadá ha utilizado sus programas de ayuda para deshacerse de los excedentes canadienses, al requerir a quienes reciben la ayuda que compren productos canadienses que tal vez no necesitan o que tal vez no son adecuados para sus dietas y estilos de vida, al debilitar las economías regionales mientras benefician iniciativas privadas. A los canadienses tal vez les tocó el extremo corto de la varita en lo que concierne al TLC, pero Canadá pertenece al Grupo de los Siete, y es uno de sus grandes actores.⁵ Tal vez seamos una nación de bancos de alimentos, grandes desarrollos urbanos, jóvenes sin hogar y profunda pobreza regional, pero también somos miembros de los clubes que admiten sólo a multimillonarios y a superpotencias.⁶

El movimiento de mujeres en Canadá se opuso al TLC tal como se opone al crecimiento desregulado de la economía global.⁷ No obstante, la agenda del movimiento de mujeres en Canadá se ha dirigido a los asuntos internos en la medida en que el Estado benefactor está siendo desmantelado deliberadamente para dar lugar a la manufactura de bajos ingresos, las industrias de alta tecnología, la inversión extranjera y los bonos de alto rendimiento en Nueva York. El seguro de desempleo, el seguro de gastos médicos (Medicare) y el Plan de Pensiones Canadiense, los tres pilares de nuestros tan afamados programas de derechos, desde la cuna hasta la tumba, están en peligro, mientras que nuestras instituciones culturales, como la Canadian Broadcasting Corporation (CBC por sus siglas en inglés), se están reduciendo conforme se otorgan nuevas licencias de servicio de televisión por cable a proveedores privados. El movimiento de mujeres sólo puede protestar, haciendo a un lado sus propias propuestas proactivas.

Ahora bien, si esta tendencia hacia el neoconservadurismo —entendiendo por ello desregulación, privatización, competencia— es el resultado del TLC, o es una condición del mismo, o si hubiera sucedido de cualquier manera sin el TLC son sólo preguntas hipotéticas; pero es útil que recordemos que el TLC es sólo un acuerdo comercial, no un golpe orquestado, ni un *juggernaut* fuera de control. Puede causar serios daños, pero es sólo parte del programa neoconservador que alcanza mucho más que el comercio y que es imperioso con respecto a su propia capacidad de infligir un daño mucho mayor. La agenda feminista no se restringe a asuntos económicos; también se ha preocupado por los problemas

⁵ Los otros incluyen a Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, el Reino Unido e Italia.

⁶ Graham Riches, *Food Banks and the Welfare Crisis* (Ottawa: Canadian Council on Social Development, 1986).

⁷ Marjorie Griffin Cohen, "Feminism's Effect on Economic Policy", en Ruth Pierson Roach y Marjorie Griffin Cohen, eds., *Canadian Women's Issues, vol. II, Bold Visions* (Toronto: Lorimer, 1992), 282-284. Véanse también los documentos, 316-336.

de salud, la violencia, la inmigración, el racismo, el cuidado diario de calidad y el acceso al mismo, el hostigamiento en el lugar de trabajo, las nuevas tecnologías de la reproducción humana, y el acceso a la justicia. Mientras tanto, y como sea, las mujeres canadienses se enfrentan a la rápida expansión del TLC.

Para la mujer canadiense promedio, quien no entiende la teoría de los sistemas mundiales o la lógica económica de los bloques comerciales, las medidas domésticas son muy evidentes. Los recortes y disminuciones, la reestructuración de la fuerza de trabajo, la erosión de los servicios sociales, incluyendo las guarderías, la reducción del Estado, la flexibilización de los estándares de protección y de seguridad en el trabajo industrial y agrícola, forman parte de la escena; es decir, no son abstracciones elaboradas por los economistas.

Si se desea entender los cambios en el sistema de pensiones, las “tenazas” y la presión para privatizar el sistema de pensiones, sólo habría que preguntarle a una mujer canadiense de más de 65 años de edad. Irónicamente, esa mujer probablemente votó por los gobiernos de derecha en Ontario (los conservadores progresistas) y en Alberta (el Partido de la Reforma), quienes marcan el camino a seguir en la transformación de la economía política. La mayoría de las mujeres canadienses son más bien de centro, que de derecha o izquierda, pero bajo aquellas presiones se vuelven cautelosas y ansiosas por aferrarse a lo que tienen. Para mostrar el peor escenario posible: la igualdad en el empleo puede ser sacrificada en aras de la seguridad de tener empleo. Es preferible tener un empleo de medio tiempo, un empleo de 66 centavos de dólar canadiense la hora, o tener un empleo en el sector mal pagado y no sindicalizado de la economía, que no tener ningún trabajo. De manera similar, somos más propensos a salvar las viejas burocracias que se encargaban de proporcionar los servicios sociales, que a “agitar”, que reflexionar sobre el significado de comunidad y sobre nuevas iniciativas de mayor participación y de autoayuda. Entre los mejor pagados, los grupos profesionales de cuello blanco, hay mujeres que tal vez hayan criticado el sistema, pero que ahora se ven a sí mismas como triunfadoras, inversionistas de alta movilidad ascendente en fondos de mutualidades. En primer lugar son accionistas y en segundo son miembros de la fraternidad de las mujeres.

Si su visión es estrecha, si parecen guiarse por el egoísmo, en parte se debe a la falta de información sobre la situación de la gran mayoría de la población femenina. Statistics Canada (nuestra agencia gubernamental más importante dedicada a recoger la información demográfica y económica y las estadísticas culturales) estudia comportamientos, no actitudes; mientras que nuestras agencias de encuestas, las cuales pertenecen principalmente al sector privado, tienen

poco interés o incentivo para examinar las actitudes de las mujeres canadienses o sus tendencias . En consecuencia, las mujeres saben menos sobre las mujeres que sobre la “opinión pública”, la cual es convenientemente desagregada por regiones. Hablar de solidaridad es retórica vacía si no tenemos sentido del todo.

Para las mujeres canadienses, entonces, la pregunta es, si estamos al final de un siglo, podemos mirar hacia atrás y tener cierta satisfacción del progreso que hemos alcanzado o el tren se detuvo y ahora va en retroceso y, si nosotras, también de manera inadvertida, nos hemos conformado con un proceso que no hicimos. Un segundo y más optimista escenario es aquel, en que en verdad hemos obtenido un progreso real: cualquier bebida nacida en Canadá en 1996 podrá esperar que tendrá ochenta años de trabajo y de juegos, de educación y cultura, de salud física y mental, de libertad intelectual y derechos políticos, fruto del esfuerzo realizado por las mujeres en Canadá y en todo el mundo durante el siglo anterior.

Este libro contribuirá —así lo deseo y espero— a ayudarnos a decidir cuál de estos escenarios elegir. Deseo comenzar, no obstante, por acercarme al movimiento de las mujeres en Canadá.

II

El movimiento de mujeres en Canadá es en realidad dos movimientos, uno en Quebec y el otro anclado en el resto de Canadá. Éstos se traslapan y comparthen muchos objetivos, pero reflejan un cisma en la vida política de Canadá que es centenario, la cual ha adquirido mayor profundidad y se ha dividido más en los años recientes, conforme el nacionalismo de Quebec se ha desarrollado y se ha movido hacia el establecimiento de un Estado separado. Así, en este contexto, la diferencia entre nuestros movimientos es fundamental y, para muchas, no es algo con lo que se pueda negociar.

El TLC posiblemente cambie eso o, al menos, la pregunta que yo deseo plantear es si a la sombra del TLC encontraremos alguna manera de unir nuestros esfuerzos. ¿Deberíamos pensar en algún mecanismo, en nuestra propia organización feminista transnacional?

Dentro del movimiento de mujeres ha habido mucho entusiasmo después de la reunión de Pekín por los modelos globales de feminismo. Pero, ¿qué tan realista es esta visión? Tal vez ello dependa de qué tan bien podamos formar una unión hemisférica. Sin embargo, por el momento nos enfrentamos con dos

movimientos, una dualidad que, yo considero, es única y que merece un análisis mayor del que yo puedo brindar aquí.

III

LA DUALIDAD DEL FEMINISMO EN CANADÁ

Nuestros dos movimientos feministas en Canadá son eurocéntricos, ambos están inspirados en el conjunto de ideas alrededor de la Ilustración —racionalismo, individualismo, libertad política— y en teorías más recientes —marxismo, existencialismo, teoría crítica y el psicoanálisis—, sin embargo, cada grupo articula una versión de acuerdo con su experiencia y sus metas. Al ser eurocéntricos, entonces, dejan bastante espacio para la variación y el desacuerdo. Pero, al mismo tiempo, nuestros dos movimientos feministas tienen más en común entre ellos que con los movimientos feministas de Europa del este, Asia, África y del Medio Oriente.

La dualidad canadiense no debe confundirse con una diferencia en el lenguaje o con el multiculturalismo. El lenguaje es sólo un punto sensible en las relaciones entre Canadá y Quebec y particularmente dentro de Quebec, pero, a pesar del lenguaje, ambos grupos representan culturas políticas completas y no subgrupos étnicos.

ETAPAS DEL DESARROLLO

Al final, abundaré en las diferencias entre ambos movimientos, particularmente en su relación con el Estado y con el movimiento obrero sindical. Pero, también deseo exponer algunas amenazas que comparten; la distinción entre lo público y lo privado; el afianzamiento de los derechos y la repatriación de la mente. Tomando en cuenta la crítica que Micheline Dumont y otras han hecho acerca de escribir historia de las mujeres, a continuación usaré tres categorías en etapas sucesivas.⁸

La fase uno consiste en cruzar los límites, romper la línea entre lo público y lo privado que mantenía a las mujeres en casa, subeducadas, subpagadas y con muy pocos derechos legales. El sufragio se convirtió para las mujeres en el sím-

⁸ Micheline Dumont, "The Origin of the Women's Movement in Quebec", en Constance Backhouse y David H. Flaherty, eds., *Challenging Times. The Women's Movement in Canada and the United States* (Montreal: McGill Queen's University Press), 72-89.

bolo de que Nora había dado un portazo y que ya no más era cautiva ni ama de la casa de muñecas. Eso fue tan cierto en Montreal como lo fue en Toronto, y tan difícil de lograr en las áreas rurales, sin importar si se localizaban en Quebec o en Saskatchewan. Los hombres en ropas talaras en Quebec no eran muy distintos de los granjeros en overoles de las praderas, o de los hombres trajeados de las oficinas en Toronto; todos ellos esquivaron, desviaron y ridiculizaron a las mujeres que lo único que querían era el derecho al voto.

El voto, finalmente, condujo al afianzamiento de los derechos basados en el género, la fase dos, y por esa razón aquí mencionaré la decisión de la Suprema Corte en el caso Morgentaler, la cual despenalizó el aborto y otorgó a las mujeres la opción de elegir con base en su salud; también mencionaré la Carta Federal de Derechos Humanos y el documento paralelo de Quebec.

A la tercera fase la he llamado la repatriación de la mente; ésta se refiere al desarrollo del feminismo canadiense en lugar del feminismo de "sucursal", que era cuando nuestras ideas las tomábamos prestadas de Francia, Gran Bretaña, y Estados Unidos. Las feministas de Canadá querían un feminismo canadiense como parte de la identidad de Canadá o de Quebec. Así, los nuevos estudios de género de las universidades, las nuevas publicaciones periódicas y los filmes, todos ellos, contribuyeron a un giro hacia un feminismo que, ya fuera escrito en inglés o francés, ya no era estadounidense ni europeo.

Las mujeres de las Primeras Naciones son ambivalentes respecto a un discurso que es eurocéntrico y que las trata como las salvajes (*les sauvages*) o subdesarrolladas. Ellas han desafiado no sólo nuestros modelos eurocéntricos, sino también al Estado-nación, porque es el gobierno canadiense, la rama federal, el que, en nombre de vigilar el cumplimiento de la Ley Indígena (Indian Act) de 1867 es directamente responsable del sistema de reservaciones, de los tratados y de la desmoralización de las culturas. Los pueblos indígenas son más que una cultura y menos que un Estado; pero las mujeres indígenas quieren que se les reconozca no sólo por su propia identidad sino por sus derechos, por separado e independientemente de los maridos, de los mayores y de los jefes de las bandas.

En la medida en que los pueblos indígenas recuperan su cultura, las diferencias cognoscitivas se hacen mayores y más intratables que las diferencias entre los feminismos quebequense y canadiense. Monture-Okanee, en su artículo sobre la violencia, insinúa que carecemos del lenguaje y de los modelos para comprender algo tan obvio como la violencia contra las mujeres.⁹ Sin embargo, lo que *no* es un malentendido es la aspiración arquetípica de los pueblos de las Pri-

⁹ Patricia A. Monture-Okanee, "The Violence We Women Do: A First Nations View", en Constance Backhouse y David H. Flaherty, eds., *Challenging Times...*, 193-200.

meras Naciones a la autodeterminación sin renunciar a la propia identidad. Son las últimas de una larga fila de anticolonialistas en el subcontinente norteamericano.

Suele describirse a los pueblos de las Primeras Naciones en términos de su patología: son medio millón de personas de las cuales menos de la mitad viven en reservaciones, pues el sistema de reservaciones se ha convertido en un símbolo de dependencia; la mayoría se encuentran en ambientes urbanos; dos terceras partes de éstos dependen de la asistencia social; su tasa de desempleo es de alrededor del 70 por ciento; su tasa de mortalidad infantil es de más del doble de la de Canadá. La violencia en todas sus formas es endémica.¹⁰ Los pueblos indígenas argumentan que estos problemas fueron creados por las políticas canadienses que se remontan a hace casi doscientos años, y cuya solución sólo podrá darse cuando se recuperen los sistemas de valores de los indígenas, cuando sus métodos curativos sean reconocidos, cuando sus infraestructuras (580 grupos) sean utilizadas, y cuando los pueblos que integran las Primeras Naciones tengan el control sobre sus propias tierras, administren sus propias economías y gobiernos, parlamentarios o de cualquier otra índole, y se rindan cuentas a sí mismos (aquellos canadienses que alguna vez se espantaban por el sistema *potlatch* y lo prohibieron, están aún más preocupados por el contrabando y mercado negro de cigarrillos y los juegos de casino en las reservaciones que son importantes fuentes de ingreso). Hasta ahora, éstos han conseguido muy poco. Los gobiernos provinciales, los que se rehusan a pagar los costos sociales, son aún más intransigentes respecto a conceder el autogobierno.

La nueva conciencia de nuestro pueblo indígena, así, está vinculada a nuestro creciente reconocimiento de las limitaciones del pensamiento eurocéntrico y de las medidas de reforma, las cuales requieren de la asimilación, y niegan una identidad indígena por separado. Si el feminismo canadiense es acerca de la opresión de género, el feminismo quebequense es acerca de la opresión de género y cultural, y el feminismo de las Primeras Naciones es sobre la opresión del Estado canadiense y de la discriminación de género al interior de sus propias comunidades. Cuando los gobiernos provinciales y federal cesen de tener cualquier jurisdicción sobre las reservaciones, las mujeres tal vez no permanezcan indiferentes, pues no pueden confiar en sus propios líderes (las mujeres de estatus indígena, quienes se habían casado con hombres no indígenas, descubrieron que bajo el gobierno de la banda, ellas y sus hijos han perdido sus derechos a vivir en la reservación e incluso siquiera a ser enterrados ahí).

¹⁰ Canadian Council on Social Development and Native Women's Association of Canada, *Voices of Aboriginal Women. Aboriginal Women Speak out about Violence* (Canadá: Canadian Council on Social Development and Native Women's Association of Canada, 1991).

¿Se puede imaginar alguna situación que se acerque más a una descripción del posmodernismo? En la medida que reconsideremos la experiencia vivida por las mujeres en dos culturas eurocéntricas y tres naciones, y comencemos a apreciar más de lleno la riqueza de esta formación, su pluralismo, su deconstrucción subversiva del canon político-constitucional, su énfasis en el carácter local, estaremos, para bien o para mal, a la vanguardia. Las feministas canadienses tal vez sean las primeras posmodernas, pero ¿acaso es, como mi colega en York, Barbara Godard pregunta, posmodernismo y/o posfeminismo?¹¹

IV

LA ESTRUCTURA DE LOS MOVIMIENTOS. EL COMITÉ NACIONAL DE ACCIÓN SOBRE LA CONDICIÓN DE LAS MUJERES

Permítaseme hacer una observación preliminar más, para que se pueda tener una imagen mejor de nosotras. Cuando hablo de nuestros dos movimientos, uno basado en la comunidad francohablante de la provincia de Quebec; el otro anclado en Canadá, utilizo el término "movimiento social" de una manera vaga. Ambos movimientos de mujeres contienen en su interior muchas organizaciones y movimientos más pequeños. Algunos son movimientos dirigidos a un sólo asunto, por ejemplo Pro Libre Elección (*Pro-Choice*); otros tienen una amplia agenda programática. Algunos son movimientos nicho, con base dentro de una sola organización, como una universidad; otros abarcan más. Algunos son movimientos de afinidades, como por ejemplo las mujeres de la tercera edad; otros son más heterogéneos. Sus fuentes de financiamiento varían mucho, desde subsidios estatales hasta pequeñas cuotas de membresía; algunos tienen oficinas con fax y un lugar de reunión regular, mientras otros se componen de una sola mujer que cuenta con un teléfono y una mesa de cocina. Además, hay movimientos adjuntos, como el ecofeminismo o el feminismo antibélico, cuyas prioridades son diferentes. Finalmente, existe una gran comunidad de simpatizantes, quienes no son activas, o bien no están afiliadas dentro de alguna organización, pero que en general prestan su apoyo y pueden movilizarse para demostraciones, campañas de recolección de firmas y reuniones de café.

Así que, al hablar de los dos movimientos, en Canadá y en Quebec, no me refero a uno solo, un gran movimiento social que se aproxime a un partido político,

¹¹ Barbara Godard, "Feminism and Postmodernism in Quebec: The Politics of the Alliance", *Quebec Studies*, no. 9 (1989-1990): 131-142.

sino a una colectividad de grupos voluntarios que se definen a sí mismos como el movimiento de las mujeres. Estos movimientos de mujeres, generales o particularistas, grandes o pequeños, no son lo que los sociólogos denominan “nuevos movimientos sociales”. No son movimientos de “calidad de vida”, no están en búsqueda de una identidad colectiva; tampoco están flotando en una atmósfera de “construccionismo” por miedo a cualquier clase de reduccionismo. Chantal Mouffe ubica los nuevos movimientos sociales en el mundo de los medios masivos de comunicación y en la crítica al Estado keynesiano.¹² Los movimientos feministas canadienses, tanto los de Quebec como los del resto de Canadá, son movimientos clásicos en el sentido de que surgen del conflicto y les preocupa la redistribución de los recursos materiales y culturales. Si somos resistentes, no es hacia el Estado keynesiano, sino hacia a aquellas condiciones que condujeron a él. No nos fijamos demasiado en si éstas son nuevas o viejas formas de dominación.

La forma más importante mediante la cual hemos resistido ha sido el Comité Nacional de Acción sobre la Condición de las Mujeres (National Action Committee on the Status of Women; NAC, por sus siglas en inglés), que se ha convertido en el vocero semioficial del movimiento de mujeres en Canadá.¹³ Es un organismo proteccionista, que abarca las organizaciones de Quebec así como las del resto de Canadá, pero que se percibe más como canadiense que como quebequense. Sin embargo, para la nueva generación de feministas más jóvenes, quienes están más interesadas en las políticas de la diferencia —la política de la nación homosexual (*Queer Nation*), por ejemplo— el NAC se ha convertido en algo irrelevante para sus intereses. Ellas cada vez se dirigen más hacia las instituciones culturales y a las universidades. No obstante, el NAC llegó a ser uno de los grupos más fuertes y más efectivos para el cabildeo en Ottawa.

EL CAMBIO EN LAS RELACIONES ENTRE LAS FRANCESAS Y LAS INGLESAS: BILINGÜISMO Y BICULTURALISMO

También debo aclarar que, a pesar de nuestras diferencias políticas, las feministas canadienses y quebequenses todavía nos dirigimos la palabra. Como

¹² Chantal Mouffe, “The Sex/Gender System and the Discursive Construction of Women's Subordination”, *Rethinking Ideology: A Marxist Debate*, Internacional Socialista, discusión 3. Argument-Sonderband AS 84. Los nuevos movimientos sociales, según ella, están basados en nuevos antagonismos que han surgido a partir de la segunda guerra mundial y en una matriz de “un proceso laboral que yo llamo fordista, un Estado de tipo keynesiano y un tipo de cultura que se está formando en torno a los medios masivos de comunicación”, 143.

¹³ Jill Vickers, Pauline Rankin y Christine Appelle, *Politics as if Women Mattered. A Political Analysis of the National Action Committee on the Status of Women* (Toronto: University of Toronto Press, 1993).

académicas, nos reunimos formal e informalmente en foros donde compartimos nuestra pasión en común por la política, por la CBC, nuestra frustración ante los programas de computación y sobre las políticas de las universidades. El filme quebequense de Denys Arcand, *La decadencia del imperio americano* (*The Decline of the American Empire*) logró reunir a la intelectualidad (*intelligentsia*) como otros pocos momentos culturales lo han logrado hacer. Estos puentes no son triviales, contradicen el mito de que los canadienses anglohablantes son unos intolerantes de mente cuadrada o que, en el mejor de los casos, los tratamos de manera condescendiente.¹⁴ Las relaciones hoy día son mucho mejores y mucho más equilibradas que en cualquier otro momento del pasado. Esto es, en parte, el legado de la Real Comisión sobre Bilingüismo y Biculturalismo (Royal Commission on Bilingualism and Biculturalism) creada por Lester Pearson. A Pearson le siguió Pierre Elliott Trudeau, cuyas aspiraciones para hacernos a todos bilingües fallaron, pero no sin conseguir algunos logros importantes: las escuelas francesas de inmersión, los intercambios culturales y otras iniciativas. La generación siguiente a la comisión "B y B" (mis propios hijos, por ejemplo), se ha movido a lo largo y ancho entre Quebec y otras provincias, pues su *lingua franca* fue la cultura popular. Trudeau, quien no es apreciado entre los antisoberanistas en Quebec, hizo más que nadie para que los canadienses de fuera de Quebec se vieran a sí mismos de una manera más autocrítica y cosmopolita. Después de todo, vivir en un país donde el francés era lengua oficial, tenía cierto encanto.

V

EL SUFRAGIO: LO PÚBLICO Y LO PRIVADO, LA NUEVA DIVISIÓN DEL TRABAJO

En los primeros días de este siglo, Canadá era una economía agrícola basada en los recursos naturales, con comunidades pequeñas, muchas veces dedicadas a una sola industria, donde las mujeres hablaban las lenguas de los países de donde provenían; trabajaban en las granjas, criaban numerosas familias y morían al dar a luz o a causa de haber tenido demasiados embarazos. Era un destino común y compartido. Las hijas solteras en estas familias enseñaban en la escuela, realizaban labores domésticas en las casas de otras personas y cui-

¹⁴ André Laurendeau, en el diario que llevaba durante la comisión "B y B", escribió respecto a la gente de la reunión: "Se llaman a sí mismos canadienses; [...] eso usualmente significa un anglo-canadiense que está dispuesto a ceder un poco de espacio a Quebec, pero que al mismo tiempo le molesta tener que manifestarlo así".

daban de los enfermos en instituciones tanto parroquiales como laicas. Cada vez más se empleaban en las nacientes fábricas.

Gradualmente, conforme las mujeres canadienses tuvieron más alto nivel educativo, familias menos numerosas y adquirieron algo de tecnología que ahorra- ba trabajo, encontraron tiempo libre, y fueron descubriendo el mundo más allá de sus familias, los vecinos y la iglesia. El sufragio femenino se había convertido en un movimiento internacional y los canadienses, ambos mujeres y hombres, debatieron sobre las ventajas de "otorgar a las mujeres el voto". Estos debates introdujeron en el discurso público la gama completa de estereotipos sobre las mujeres, que sólo podían incendiar más las discusiones, pero a fin de cuentas las mujeres obtuvieron el voto a nivel federal. En términos de participación política, fue una victoria pírrica, pues incluso hasta 1970, casi medio siglo después de que ganaron el derecho al voto, las mujeres, según Monique Bégin, no "constituían un electorado en la agenda política del Estado canadiense".¹⁵ Pero habían cruzado la línea para tomar su lugar en la esfera pública, una condición necesaria, si bien no suficiente, para cambios posteriores. Era un gran paso hacia una nueva división del trabajo dentro de una fuerza de trabajo pagada.

LA TRADICIÓN FEMINISTA SOCIALISTA

No todas las mujeres eran entusiastas respecto a la política electoral. Muchas inmigrantes trajeron consigo una tradición socialista que era escéptica ante el cambio político sin un cambio económico.¹⁶ Tenían una teoría marxista que daba cuenta de la opresión, pero estaban divididas entre ellas respecto al voto. Si estaban a favor de que los hombres de la clase trabajadora obtuvieran el voto, ¿por qué no las mujeres?

La voz socialista que disiente ha sido parte de nuestro movimiento feminista desde la primera guerra mundial.¹⁷ El Partido Comunista, la tradición social-demócrata de la Federación Cooperativa de la Comunidad Británica de Naciones (Cooperative Commonwealth Federation) y el Partido Neodemócrata (New Democratic Party); el radicalismo del movimiento obrero sindical de Quebec;

¹⁵ Monique Bégin, "The Royal Commission on the Status of Women in Canada: Twenty Years Later", en Constance Backhouse y David H. Flaherty, eds., *Challenging Times...*, 26.

¹⁶ Thelma McCormack, *Politics and the Hidden Injuries of Gender: Feminism and the Making of the Welfare State* (Ottawa: Canadian Research Institute for the Advancement of Women, 1991), 10-11.

¹⁷ Linda Briskin, *Autonomy, Integration and Legitimacy: A Comparative Analysis of Socialist Feminist Practice in Canada, The United States and Western Europe* (York: York University, Institute for Social Research, 1990).

todos ellos obtenían apoyo de las mujeres y a su vez repercutían en ellas. Ése es el subtexto cuando comparamos dos modelos de cambio social: gradualista y legislativo, por una parte, y una transformación más radical de la estructura social, por otra.¹⁸

EL ESTADO Y EL GÉNERO

Al mirar atrás, hoy día, el trasfondo del TLC y los cambios en las políticas sociales en Canadá, me parece que podemos ver que las mujeres canadienses depositan en gran medida su confianza en el Estado y han fallado en desarrollar organizaciones de base o lazos fuertes con las mujeres de la clase trabajadora en las fábricas, los salones de clase y otros lugares de trabajo. Cuando ahora, en los noventa, han perdido el financiamiento de parte del gobierno federal, descubrieron que el Estado, por supuesto, tenía género; nunca tanto como en una época de controles fiscales. Las feministas quebequenses que estaban más cercanas a las organizaciones femeninas de base, a la Confederación de Sindicatos Nacionales (*Confederation des Syndicaux Nationales*), se encontraban demasiado limitadas por los sindicatos con intereses dirigidos, por lo que vieron sus demandas desplazadas, por un lado, por la agenda del movimiento laboral y, por otro, por el movimiento nacionalista. Compartían los problemas del primero y la euforia del segundo. No obstante, hubo un periodo cuando nuestras dos soledades fueron una sola, cuando las mujeres pensaron que se entendían unas a otras. Si tenían poco poder en el hogar, aún guardaban el sentido de formar parte de un movimiento internacional en las democracias occidentales.

La segunda guerra mundial nuevamente despertó las expectativas, y el auge económico de la posguerra fue un estímulo posterior para obtener más educación, para el empleo y para retrasar tanto el matrimonio como el divorcio. Este nuevo ánimo condujo a que en 1967 se creara la Real Comisión sobre la Condición de las Mujeres (*Royal Commission on the Status of Women*); una comisión para las mujeres francohablantes y anglohablantes, que recibía escritos y escuchaban a las mujeres a lo largo y ancho de Canadá y sus territorios.¹⁹ La Comisión recibió propuestas de 470 grupos e hizo 167 recomendaciones. Todo esto, según Monique Bégin quien trabajó en la Comisión (y más tarde se convirtió en ministra de Salud), fue sin sacar provecho de ninguna teoría feminista. Con o sin fundamentos teóricos, estadísticamente cada vez es más claro que la

¹⁸ Thelma McCormack, *Politics and Hidden Injuries...*

¹⁹ *Royal Commission on the Status of Women in Canada* (Ottawa, 1970).

vieja división del trabajo por género, entre el trabajo doméstico y el de la economía formal gradualmente fue reemplazada en la fuerza de trabajo por una división del trabajo de géneros.

El informe de la Comisión dibujó un nuevo panorama de segregación ocupacional e ingresos diferenciales, que los futuros responsables de elaborar las políticas tendrían que enfrentar. El informe documentaba los sesgos, la marginación, la discriminación y la exclusión de las mujeres en todos los sectores de la vida canadiense. El momento en que se realizó el informe fue acertado, el tono fue correcto, y el lenguaje claro y sencillo; alcanzó a las mujeres que no tenían un interés particular en la "liberación femenina" o en la dinámica de la potenciación (*empowerment*), pero que resentían profundamente la injusticia con base en la discriminación por género y lo que implicaba para el futuro de sus hijas. Así, *la igualdad de oportunidades se convirtió en la piedra angular de la política en el siguiente periodo*. Los antifeministas interpretaron esto como la igualdad de resultados mientras las feministas más cercanas al socialismo y a los partidos social-demócratas, quienes consideraban preferible la igualdad de circunstancias, se volteaban hacia los movimientos en los países nórdicos con envidia y admiración. Para las canadienses se había puesto en claro que el voto sin el afianzamiento de derechos no era suficiente.²⁰

EL AFIANZAMIENTO DE LOS DERECHOS:

EL PODER JUDICIAL CON GÉNERO

El informe de la Real Comisión fue un parteaguas en la historia de las mujeres canadienses. Fue la visión iluminada que normalmente no tenemos. Y gracias a su bajo nivel de contenido ideológico, se granjeó pocos enemigos entre las mujeres. Más aún, fortaleció la imagen del Estado liberal que brinda apoyo, ansioso por corregir las injusticias pasadas y por apoyar la oportunidad. Nada, sin embargo, se dijo en el informe sobre el aborto, un asunto que concernía a las mujeres de todo el país. Muchas no aprobaban el aborto, pero sí estaban de acuerdo con la posibilidad de elegir: su elección. El movimiento Pro Libre Elección fue el espíritu, si bien no la letra escrita, del informe de la Comisión.

El doctor Henry Morgentaler, un médico de Montreal sobreviviente de los campos de exterminio nazis, practicaba abortos en una reputada clínica gratuita, poniéndose así en contra de la sección 251 del Código Penal de Canadá.

²⁰ Las quebequenses que tenían derecho al voto a nivel federal pero no a nivel provincial, lo obtuvieron en 1940.

Dos veces el Dr. Morgentaler fue acusado y llevado a juicio, y dos jurados quebequenses lo absolvieron. Un gobierno enojado y frustrado tomó la acción extraordinaria de apelar la decisión de un jurado, y ganó el caso. El Dr. Morgentaler pasó más de un año en prisión, lo que le costó su salud, creó un mártir y fomentó la politización de las mujeres.

En enero de 1988, la Suprema Corte de Canadá sostuvo que, al requerir la aprobación de un comité hospitalario, la sección 251 del Código Penal de Canadá era contraria a la nueva Carta de Derechos y Libertades (*Charter of Rights and Freedoms*).²¹ En efecto, Canadá no tiene una legislación sobre el aborto, a pesar de que los gobiernos provinciales suelen encontrar la manera de limitar su acceso. Por otra parte, una mujer tiene derecho a planear su familia, terminar un embarazo no deseado sin sentir miedo ni culpa. La mujer que está fuera de la ley es una amenaza para los doctores, así como las mujeres hostigantes que legalmente están ahí. En esta ocasión, y gracias a una distinguida mujer jurista, la juez Bertha Wilson, la Suprema Corte de Canadá envió a las mujeres un mensaje: que la justicia es ciega ante el género.

Cuando en la década de los ochenta, Canadá repatrió su Constitución, el entonces primer ministro, quien era un exministro de Justicia, estaba determinado a que la Constitución incluyera una Carta de Derechos y Libertades, similar a la Declaración de Derechos de Estados Unidos (*American Bill of Rights*). La objeción más fuerte provino de Quebec, que no aprobaba la decisión y argumentaba que deliberadamente había sido excluido. Las feministas quebequenses nunca han olvidado ni perdonado lo que ellas interpretan como una medida irrespetuosa.

Atrás de este rencor estaba la Revolución Tranquila en Quebec —una economía modernizada, nuevas universidades, el rápido crecimiento de empresas privadas y la administración de negocios—. Más mujeres ingresaron a las filas profesionales y de negocios. Quebec tenía su propia carta de derechos y en medio de este regocijo, sintió que podía hacer frente al primer ministro y a las otras nueve provincias.

En el borrador original de la Carta de Derechos y Libertades federal, las mujeres tenían garantizada la igualdad “ante la ley”, lo que las cortes habían interpretado como la igualdad de procedimientos y penalidades. El cabildeo llevado a cabo por parte de los grupos de mujeres y, en particular, las abogadas feministas y las estudiantes de leyes, quienes tenían conocimientos de primera mano de casos de la ley familiar y sobre discriminación, condujo a una serie de revisiones. En su forma final, la Sección 15 de la Carta garantiza a cada individuo igual-

²¹ The Supreme Court of Canada, *Morgentaler, Smolling and Scott v. the Queen*, 37 C.C.C. (3d) 449.

dad “ante y bajo la ley” con el derecho de “protección igual y beneficios iguales de la ley”. El artículo 28 de la nueva Carta afirma la igualdad de géneros como un principio.²² La Carta pasó a ser ley en 1982 sin el consentimiento de Quebec.

Los historiadores leen en esto una victoria para las mujeres y para las feministas. Pero el precio de esta victoria constitucional fue alto. Dividió a las feministas canadienses en tres direcciones. Primero, sacó a la luz la escisión de las feministas de Quebec, quienes se oponían a la Carta de Derechos y Libertades por principio y quienes retiraron su apoyo del proceso. Unos cuantos años más tarde, cuando el gobierno federal intentó elaborar una fórmula basada en el reconocimiento de Quebec como una “sociedad distinta”, con el Acuerdo del Lago Meech, el movimiento de mujeres en Canadá se vio profundamente dividido, al temer que Quebec podría abrogar los derechos de igualdad en la Constitución. Las feministas quebequenses, quienes no veían el riesgo de que esto sucediera, se enfurecieron de que otras provincias que se habían rezagado respecto a Quebec ahora se dignaran a indicarles a las quebequenses cómo conducir sus asuntos. El Acuerdo del Lago Meech fue derrotado y la acrimonia política empeoró.

La segunda división fue con respecto a aquellos, quienes veían el nuevo énfasis en el poder judicial como la ulterior “americanización” de las instituciones canadienses y la pérdida del énfasis británico tradicional en la “supremacía del Parlamento”. Por último, la lucha constitucional dividió a las feministas que veían que el afianzamiento de la igualdad de derechos creaba una mayor dependencia del Estado patriarcal. Por encima de todo, había creado un ambiente de legalismo, una actitud, especialmente entre las nuevas élites feministas, de que los problemas sociales podían ser resueltos mediante el desafío de la Carta en las cortes.

EL POSMODERNISMO, LA REPATRIACIÓN DE UN FEMINISMO CANADIENSE DISTINTO Y EL CRECIMIENTO DE LOS ESTUDIOS SOBRE LAS MUJERES

Para una mujer de las Primeras Naciones, el problema es el Estado. El Estado canadiense tal vez sea menos patriarcal que el gobierno indígena en la reser-

²² No obstante, hubo una “gran mosca en el pastel”. Otro artículo de la Carta garantizaba el derecho de las provincias a “anular” las disposiciones de la Constitución. Nuevamente, hubo un cabildeo de mujeres organizadas, y aunque no lograron remover la cláusula de anulación, tuvieron éxito en que no incluyera al artículo 28. Así, el no optar por o anular la cláusula no aplica al artículo 28: “Al no contravenir cualquier otra disposición inscrita en esta Carta, los derechos y libertades a los que se refiere se garantizan por igual a las mujeres y a los hombres”. Debido a que la cláusula de anulación no se aplica al artículo 28, éste suele ser equiparado con la Enmienda de la Igualdad de Derechos (Equal Rights Amendment).

vación, pero entonces ella se vería atrapada entre dos discursos, y debería trabajar dentro y a la vez con ambos. ¿Cómo se resolverá ese dilema? No lo sé, pues debo admitir que me ha costado mucho trabajo entenderlo. Y es un reto para nosotras, para nuestro pensamiento eurocéntrico.

Lo que les ha sucedido a las mujeres canadienses y quebequenses, a las dos culturas, es el crecimiento de los estudios universitarios sobre las mujeres. Otras autoras en este libro escriben sobre los estudios académicos feministas y los estudios de mujeres. Sólo deseo decir que han ayudado, más que ninguna otra cosa, a repatriar nuestro pensamiento.

¿Cuál es la diferencia entre ser una feminista en Canadá y ser una canadiense feminista? Una de las cosas que significa es que estamos mucho mejor situadas que cualquier otro grupo de feministas para entender y participar en modelos internacionales. Nuestras mujeres indígenas tienen una mejor apreciación del campesinado en América Latina que cualquier otro grupo que se me pueda ocurrir. Nuestras feministas de Quebec entienden esa filosofía de las mujeres que dicen: "Mi liberación es la liberación de mi país. La liberación de mi país es mi liberación". Nuestras feministas canadienses son las expertas en pluralismo, en equilibrar el pensamiento socialista con el liberal. En este fin de siglo hemos logrado algún progreso, pero también hemos cometido errores; errores derivados de la Gran Depresión y de las guerras mundiales. Por esto yo considero que no debemos repetir el error de confinarnos a nosotras mismas a una estrecha agenda nacional de cara al Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Ignorarlo, enfocarnos sólo en la economía y la estructura social del Estado canadiense, tal vez sea, incluso con un éxito limitado, demasiado poco y demasiado tarde.

Existe una película que ha sido muy exitosa y que se ha exhibido en toda Norteamérica, llamada *El club de las mujeres divorciadas* (*First Wives Club*). A mi juicio ésta es la metáfora que estamos buscando. Si podemos evitar los errores cometidos en nuestro primer matrimonio del siglo xx en el segundo matrimonio en el siglo xxi, tal vez ese siglo nos pertenezca. Es más triste pero más sabio, y no por ello menos cierto. Espero que ese segundo matrimonio sea un *ménage á trois*.